

Entrevista

José Jiménez Lozano

Domingo Vallejo de la Parte

Miembro del Instituto E. Mounier

Nos acercamos a Alcazarén, pequeño pueblo de Valladolid y en el centro de Castilla. A la entrada del pueblo reside José Jiménez Lozano (Langa, Ávila 1930) Hemos llegado con el año nuevo y después de que días antes haya caído una gran nevada como la que pudo inspirar a nuestro autor estos versos:

Sin caminos el mundo,
ni vuelo de gorrión, ni grito
de cárabo, o zureo
de paloma, silencio,
blancura intocada de la nieve, aunque la tierra
haya bebido tanta sangre.

(«Nieve», en *El tiempo de Eurídice*)

Nos recibe en su casa. Caldeada la habitación por una chimenea empotrada en la pared y a la vera de una mesa camilla, hablamos amigablemente.

¿Cómo se hizo escritor?

No lo sé. Quizá porque en un momento dado uno empieza a publicar en un periódico, y de ahí la decisión de publicar se hace más fácil. Pero escribir no deja de ser algo personal, que en último término no tendría que ver nada con el publicar. Emily Dickinson, por ejemplo, dejó todos sus poemas en un cajón.

¿Qué pone en su carnet de identidad? ¿Periodista? ¿Novelista? ¿Poeta? ¿Escritor?

Periodista, que es algo que se puede ser socialmente. En el carnet tiene que ponerse un oficio

reconocido, y al fin y al cabo ser escritor no es una profesión. Es un oficio, pero no en un sentido social.

En la literatura propiamente, ¿cuándo se decide a echar su cuarto a espadas?

Comencé con *Historia de un Otoño*, que narra la historia de una lucha soberana y singular por la libertad de la conciencia civil, la liquidación de Port-Royal des Champs por Luis XIV. No creo que fuera lo más a propósito para un *début* literario tal y como son las cosas en este país nuestro, pero no pensé en estas cosas.

¿Y la diversidad de géneros: ensayo, narración, poesía?

Es algo lógico e inevitable. Cuando uno tiene que decir una cosa u otra no tiene más remedio que echar mano de un género u otro. No es lo mismo reflexionar sobre unas ideas que contar una historia. El género no se elige, va de suyo. La poesía la he ido haciendo en los libros de notas que luego han ido apareciendo como diarios. Como una nota más. Pero yo no soy un poeta, y nunca me he puesto a hacer un poema.

¿Sigue arrepentido de haber publicado poesía? Sus lectores estamos encantados.

Sí, quizás nunca debí publicarla, pero tampoco tiene ninguna importancia. Lo que importaría es que los poemas fueran buenos, pero ya le digo que no soy un poeta.

¿Qué le sale mejor, la narración corta o la larga?

No hay narraciones cortas ni largas. El cuento es el cuento, y la novela es la novela, pero eso no tiene que ver nada con sus dimensiones, ni la fortuna de un texto logrado tampoco.

«El escritor es el hombre que no es más que escribiendo, el hombre que para ser necesita escribir. El hombre en quien acontece la expresión de la realidad», dice Julián Marías.

A mi me parece algo mucho más sencillo. Es un oficio muy humilde, en el que se le regala casi todo al escritor. Se tiene la impresión de ser un simple amanuense.

El escritor ¿tiene una excepcional manera de ver?

Es una manera de ver las cosas que no tienen los demás, y que, como digo, se le regala. Ninguna superioridad ni excepcionalidad. Puede ser un don, y no hay que traicionarlo.

¿Se ha visto inspirado?

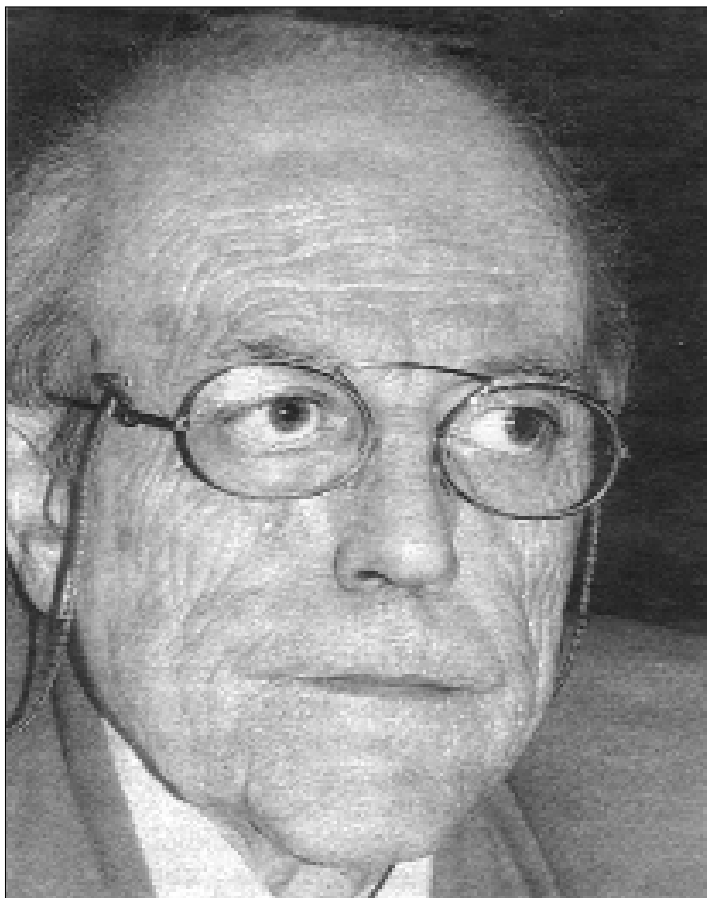
Quizás sea verdad lo que decía Pasternak: que las cosas que se escriben las escribe «el otro», que nosotros no seríamos capaces de escribirlas. Y realmente quizás es esa sensación de que el texto que hemos escrito se separa de nosotros, y ya no podríamos volver a escribirlo, lo que indica que nuestra escritura quizás tenga un valor.

¿No es el mismo hombre Dostoievski, el que escribe y el que juega, el mismo hombre Heidegger el que hace filosofía y el rector?

Pues seguramente no. El que escribe está al servicio de lo que trae entre manos. El otro ámbito de cosas pertenece a la vida, y el escritor es en este ámbito como otro hombre cualquiera.

Por eso, ¿el escritor es otro hombre, es un hombre inspirado?

No. La palabra inspiración es oscura y numinosa. Nada de esto tiene que ver con el escritor. Ya le digo que sería como una especie de amanuense de lo que oye y ve, allá en sus adentros, nada místico o inspirativo. Hace su oficio.



Pienso en G. Steiner y sus «Presencias reales». Como escritor ¿no ha sorprendido alguna «presencia real»?

El escritor no es quién para juzgar su obra en ningún sentido. Obviamente lo que se pretende en una narración es la presentización de la historia que se cuenta, que pueda ser vivida por el lector como el escritor la vivió al escribirla. Cuando el lector tiene la experiencia de que está ante algo y ante seres realmente vivos, y se le ofrece la belleza o el fondo del pozo del ser humano, se da la presencia real.

Toda literatura que merezca la pena y no sea «juego de palabras» ¿tendrá que vérselas con un Absoluto, vérselas con la muerte, con la Nada?

No sé. Lo que parece obvio es que ha de confrontarse con algo que no está ahí, dado. La literatura como todo el arte se mueve en el plano del «hay más» que la realidad que entra por los sentidos, y lógicamente tropieza con los límites de la existencia. Con lo no dado, como le decía.

Pero que al buen escritor ¿le es dado?

No. No está dado para nadie. La escritura puede orillararlo incluso, como hace gran parte de la escritura actual.

Una escritura que no tiene que ver con sus amigos, Pascal, Spinoza, Kierkegaard, S. Weil, F. O'Connor, y los demás...

No. Ni tampoco tiene por qué tener que ver. En realidad, esos amigos, quitando a la O'Connor, no son estrictamente escritores.

Usted dice que «cuando se escribe ficción es fundamental decir la verdad». ¿Cómo lo explicaría?

No es que yo lo diga, es que es «una regla del arte de narrar». La ficción, incluso la fantástica, tiene que tener un pie en la realidad, y ser verdadera. Es el escritor el primero que tiene que creerse su historia, porque es verdad. No construirla como un demiurgo, y pretender hacerla pasar como «sucedida».

¿Se escribe mejor en un pueblo, en el campo?

Para escribir sólo se necesita un lápiz y una cuartilla. El lugar y las circunstancias no tienen importancia. Mi vida en el campo no obedece a ninguna decisión horaciana. A mí me gusta la aldea o la gran ciudad.

Sea como sea, usted no está a gusto delante de las cámaras o en el candelero.

No, pero esto es una cuestión también de gusto. No obedece a ningún tipo de filosofía, u opción ética.

Sin embargo, se le reconoce con premios, entre otros el nacional de las Letras españolas, y hace unos días la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes.

Hay que estar agradecido; y puede ser incluso que, gracias a esas cosas, uno pueda llegar a un lector más. Pero también hay que cuidar que el nombre no sea mayor que la obra, lo más atroz que puede suceder.

Entonces ¿se salvará por la obra?

Eso de «salvarse por» parecen palabras demasiado teológicas. Se escribe, y en paz. Tampoco estamos ya en tiempos de inmortalidades.

¿No hay palabra para marcar el encuentro, el acontecimiento literario, la «presencia real»?

Así está bien dicho, como usted lo dice. Los libros que son eso: un acontecimiento, un encuentro, y una presencia real, son los que cuentan.

Porque es la literatura que «ayuda a hacerse un yo», cito sus palabras.

Sin duda. Y nos acompaña íntimamente.

¿La educación puede ayudar a descubrir «presencias reales»?

Sin duda. Y probablemente no hay otra manera. Dándose la mejor educación, todavía puede darse lo peor; pero si se da mala educación, lo peor es seguro.

¿Tan mala como la que recibieron aquellos que vigilaban Auschwitz, después de que la noche anterior habían leído a Kant y escuchado a Bach?

Creo que ni habían leído a Kant ni escuchado a Bach. Porque las lecturas se tienen que asumir y así transforman a las personas. Las verdaderas lecturas transforman, trastocan nuestra manera de ver la vida. Si uno está empapado de misericordia difícilmente puede lanzarse a la barbarie. Desde antiguo se dijo aquello de *corruptio optimi pessima*, y así es; pero; si no hay lo mejor, lo peor es más seguro, desde luego.

¿La literatura puede resistir a la barbarie?

No, no puede. No sirve para nada. Quizás pueda prestar unos ojos y una sensibilidad, y de ahí se derive algo; pero por sí misma no puede nada. Pero no se puede ser hipócrita, la pura bruticie sin atadura a ideas y a una sensibilidad humanizada, es un desastre. No es en absoluto lo mismo haberse empapado de Dostoievski que no, por poner un solo ejemplo. Aunque no fuera más, uno estaría advertido de «los Demonios» y sabría, conociendo a Sonia, lo que es un ser puro. No es poco.

¿Con qué se compromete un escritor?

Con nada ni con nadie. Con su escritura y nada más. Bastante compromiso es. Narrar exige a veces una honestidad heroica. Ser fiel a las histo-

rias, a los personajes, al lenguaje, no es cosa fácil. Mantenerse contra viento y marea es suficiente compromiso.

El balance del siglo con respecto a la literatura sería negativo para toda aquella literatura que se ha ciscado las manos con la política.

Sí, el asunto ha sido atroz. Es una de las páginas más horribles de la historia moderna.

La literatura que se ha nutrido del mundo rural y agrícola ¿morirá al morir la aldea rural ahogada con los nuevos cambios económicos?

El mundo rural es inmensamente mayoritario hoy por hoy; pero es que la literatura levanta por sí sola mundos que ya han muerto. No sería literatura si no pudiera hacerlo. La literatura se nutre del hombre, allí donde esté, y allí donde se haya dado.

Internet como ejemplo de nuevas tecnologías, ¿va a cambiar las costumbres, la lectura misma?

Es pronto para saberlo. El lápiz sigue ahí, en el tiempo del ordenador; y las puertas de bisagras parecen indesplazables por las puertas «inteligentes» que se abren cuando ni se ha pensado pasar por ellas. En principio Internet, es un instrumento extraordinario. No veo que haya que agorar nada a su respecto. Demos por lo menos tiempo al tiempo.

¿Con ilusión, con ganas de ver qué pasa?

Con relativa curiosidad. Más preocupantes son las huellas del más atroz pasado, que están ahí. Los totalitarismos de este siglo siguen marcándonos.

¿Pues vaya esperanzas que nos quedan!

No, no se trata de liquidar ninguna esperanza. Se trata de ver las cosas simplemente. Los dos elementos que se mostraron necesarios para hacer efectiva la barbarie totalitaria fueron una administración formidable y una total eficacia técnica,

y estos dos elementos están ahí en nuestro mundo. Y como valores supremos. Me parece asunto más preocupante que Internet.

Así que cabría decir que vivimos ideológicamente una mezcla de nazismo y comunismo.

Lo que es indudable es que muchos de sus valores están ahí vivitos. Nuestro mundo es bastante bárbaro y despiadado. Los hombres son cada día más puras *res extensae*.

¿Se siente usted un escritor castellano, como se dice?

Me siento español. Me siento de Ávila. Me siento europeo. ¿De qué Castilla me sentiría castellano? De la de Fernán González o de la Julio Senador? Por aquí cerca hay dos pueblos que se llaman respectivamente Castellanos de Zapardiel y Castellanos de Moriscos, es decir que fueron repoblaciones de castellanos al sur del Duero. ¿Nos dedicamos a jugar a estas denominaciones de origen, como con los chorizos?

Se salvan «los inocentes», es decir, «los faltos de culpa, que no de entendederas», como usted ha dicho.

Ciertamente sólo los inocentes, que no se manchan con el mal, y las víctimas, son los que importan. Los que pueden decir un *novum*, una palabra carnal y verdadera, que no sea pura repetición y puro eco de las palabras de los señores de la historia.

Y «los inocentes» son los protagonistas de su obra.

Sí, con frecuencia. Creo que tengo que escucharlos, aunque no sea la moda literaria precisamente.

¿Hay belleza en la pobreza?

Según la Weil, sólo se podría dar en ella. Otra cosa es la miseria y la desgracia, que son el infierno. Toda cultura, por lo demás, exige una cierta ascesis. Está en Freud incluso, no es una recomendación mística.